

EXTREMOS DE AMERICA

El Canadá, ¿un gigantesco país dependiente?

Angel BASSOLS BATALLA

La oportunidad que nos brindó la celebración del xxii Congreso Geográfico Internacional, incluyendo distintos simposios realizados antes y después de las sesiones principales de Montreal, permitió que durante el pasado mes de agosto visitáramos el Canadá, recorriéramos sus enormes distancias y nos mezcláramos con su pueblo en ciudades, granjas, universidades y centros industriales de trabajo. Nos movimos desde Vancouver a Quebec y del sur de la provincia de Alberta a las regiones petroleras y a las vastas zonas boscosas y de tundra en los Territorios del Noroeste. Por otro lado, las discusiones que en el seno del propio Congreso tuvieron lugar sobre la realidad natural y social del Canadá, así como la lectura de numerosas obras y de la prensa periódica, nos permitieron —junto con impresiones de viajes anteriores por ese país— alcanzar un cierto grado de comprensión de la compleja problemática canadiense. Afirmamos lo anterior, sin olvidar que no es tarea sencilla conocer la historia y la geografía física, la población y su impacto socioeconómico sobre el medio, así como desentrañar la esencia de los numerosos factores que integran el *todo* de una entidad política tan vasta y paradójica como la de ese coloso, situado en el extremo septentrional de Norteamérica. Nos limitaremos, en este breve texto, a apuntar sólo algunas de las peculiaridades que singularizan a ese estado y a señalar ciertos problemas a que deben enfrentarse su actual y su futuro desarrollo.

La primera sensación que cualquier extraño recoge al moverse por el Canadá es la inmensidad de su territorio, donde cabe cómodamente toda Europa hasta los límites de la Unión Soviética, y que ofrece contrastes muy acentuados entre las altas regiones de las Roccalosas y sus mesetas internas, el verde valle del bajo San Lorenzo, la increíblemente rica planicie de las praderas entre Alberta y Manitoba, los bosques infinitos y la tierra siempre helada del norte. Es el Canadá indudablemente rico en recursos naturales, si bien el rudo clima continental de influencia ártica (que es conveniente para el gran cultivo de cereales en el oeste) impone condiciones difíciles para la vida humana. Pero no sólo se tiene acceso a tres océanos y se disfruta

la cercanía de los bancos pesqueros del Atlántico norte, sino que se poseen en escala muy considerable minerales de plomo y zinc, cobre y níquel, oro y cadmio, plata y uranio. Miles de lagos y centenares de poderosos ríos se pueden aprovechar para la navegación, la pesca, la generación de energía y la recreación del hombre y —para finalizar— buena parte de sus bosques proveen de inagotable materia prima a la industria.

Pero por desgracia, la población del Canadá, que apenas pasa los veintidós millones de personas, se encuentra muy irregularmente distribuida, mostrando una tremenda concentración territorial y aún mayor acumulación de carácter urbano. Cerca del 75% de los habitantes vive en las ciudades localizadas dentro de una faja de 150 kilómetros junto a la frontera con los Estados Unidos, en tanto que toda la vasta área del norte cuenta con no más de 35 mil residentes. Esto trae como consecuencia que en un 90% del país la densidad sea extremadamente baja, distribuyéndose las redes de transporte terrestre, las instalaciones industriales y comerciales, en ese cinturón meridional que incluye Vancouver, las praderas, las costas de los Grandes Lagos y el valle del San Lorenzo. La población actual, producto principalmente de una dispareja inmigración, es muy heterogénea en su origen étnico, pues casi un treinta por ciento no es ni británica ni francesa y esa proporción sigue subiendo dentro del total, sobre todo en las urbes industriales como Toronto y Montreal y en las praderas. No se puede hablar todavía de una nación canadiense, sino de una amalgama de grupos distintos (incluso indígenas y esquimales) en proceso de integración, al mismo tiempo que es tajante la diferencia en lengua, historia y costumbres entre la mayoría “británica” y la “francesa”, que habita principalmente en la provincia de Quebec.

No corresponde a estas notas profundizar en la apasionante historia de la conquista y poblamiento del Canadá, que mostró primero la pujanza de los conquistadores franceses y más tarde el desbordamiento de los colonizadores ingleses. Como en toda América, los europeos entraron a sangre y fuego, despojando a los indígenas de sus tierras y bosques, enviando avanzadas de misioneros y de soldados, firmando tratados que nunca cumplieron, pisoteando derechos de los pueblos nativos. Hoy, por cierto, se observa una nueva “toma de conciencia” por parte de indios y esquimales, que se levantan para reclamar el usufructo de las abundantes riquezas en las reservaciones y en general en el país, para acabar con lo que Harold Cardinal llama “la sociedad injusta”, que no permite “la realización de todo el potencial del pueblo indio” al convertirlos en “hombres blancos-cafés”, mediante una integración forzada.

Quizás lo más importante en la historia económica del Canadá sea la existencia de “ciclos”, que fueron conformando sucesivamente la estructura actual de su aparato productivo, fruto de un largo dominio abiertamente colonial por parte de Francia e Inglaterra, al cual suce-

dió más tarde la dependencia económica respecto a los EUA. Primero fueron las pesquerías en Terranova y Nueva Escocia; luego el comercio de las pieles finas de animales en bosques y praderas; después la tala indiscriminada de los bosques del este y todavía posteriormente, en el siglo XIX, la apertura de las inmensas praderas a la gran agricultura de cereales. A partir de la primera guerra mundial, comienza la etapa del “nuevo industrialismo”, merced al desarrollo de la minería, la producción papelera y la creación de los centros fabriles en Ontario y Quebec. Después de la segunda guerra se desenvuelven en el oeste las industrias del petróleo y gas, se diversifica la producción manufacturera en Vancouver y Winnipeg y se integra la franja urbana de los Grandes Lagos al San Lorenzo, que concentra más del 70% de la mano de obra en industrias de transformación; más de la mitad de la población total dedicada al comercio, y dos tercios de las personas empleadas en finanzas.

Entonces, se ha reestructurado una verdadera dicotomía regional, pues al lado de esas regiones de avanzada industria o poderosa agricultura comercial, situadas en la faja del sur, subsisten vastísimas zonas al norte, donde campea no sólo un abismal atraso relativo respecto a las primeras, sino una ausencia total de desarrollo, o si mejor se quiere, un abandono completo, un “no desarrollo” absoluto, interrumpido aquí y allá por las manchas de pequeñas ciudades y puertos, explotaciones mineras o forestales, bases militares o puntos ridículamente reducidos donde viven pobladores autóctonos, todavía dedicados a la caza y la pesca. Incluso en la provincia de Ontario, no lejos de la frontera internacional, pueden recorrerse centenares de kilómetros sin encontrar sino aisladas granjas y escasos caminos. Es cierto que en los últimos años se ha comenzado a penetrar en áreas situadas más allá de la faja desarrollada, sobre todo en Alberta, Manitoba y Ontario. Un ferrocarril, que nosotros utilizamos, llega ya hasta Hay River, en las riberas del Gran Lago de los Esclavos (paralelo de 61° latitud norte) para sacar de ahí la abundante producción minera, y otro más alcanza el puerto de Churchill, sobre la bahía de Hudson. Se han realizado proyectos diversos de planificación regional en las comarcas del Niágara y el lago Eire, en la cuenca del río Nelson, etcétera. Se ha dividido el país en “regiones económicas provinciales”, con fines de planificación, pero en ocasiones ésta ha fallado, pues no hace mucho la doctora Ira Robinson reconocía que “las actuales medidas administrativas para establecer una oficina regional de planeación en el caso de Alberta, son inadecuadas para atender las necesidades futuras de planeación”, urgiendo también a crear un solo organismo en la región del río Peace “que es una sola entidad geográfica y económica”. Las distintas provincias canadienses cuentan ahora con organismos de planificación regional y por ejemplo en Quebec se trabaja activamente en el desarrollo del “Nuevo Quebec”, pero mucho de territorio de Canadá se encuentra aún por conquistar.

Aprovechándose de la existencia de las grandes riquezas naturales que posee el Canadá, de su escasa población y sobre todo de la liberalidad con que se ha tratado al capital extranjero, propiciando por todos los medios su atracción y abriéndole las puertas sin medida los inversionistas estadounidenses y en menor medida los ingleses, invadieron materialmente la economía canadiense, en proporción no vista en otro país del planeta.

Las inversiones directas de los EUA en Canadá han venido aumentando notablemente a partir de la segunda guerra, pues en 1935 sólo alcanzaban los 1 692 millones de dólares de EUA y ya para 1958 llegaron a 8 929. Pero el ritmo ha crecido más tarde, para sumar 13 800 millones en 1964 y más de DIECIOCHO MIL MILLONES de dólares al final de la pasada década. La cifra de 1967 era ya superior al total de las inversiones estadounidenses en Europa y casi igualaba a los volúmenes de capital de ese país en América Latina, Asia y África, tomados en conjunto. Como en otras regiones del globo, las inversiones extranjeras se dirigían principalmente a los renglones del sector manufacturero, viniendo a continuación petróleo, comercio y minería. A estas enormes cantidades de inversión *directa* deben agregarse las inversiones *indirectas* o de cartera, que alcanzaban más de NUEVE MIL MILLONES de dólares ya en el año de 1965, por lo que a esas fechas el gran total de inversiones estadounidenses superaba los VEINTITRÉS MIL MILLONES (es decir, algo así como TRESCIENTOS MIL MILLONES de pesos mexicanos). Si todavía incluimos cerca de 3 500 millones de dólares de capitales ingleses y 2 700 procedentes de otras naciones, tendremos que en la segunda mitad de la pasada década en el Canadá había inversiones extranjeras de todo tipo por TREINTA MIL MILLONES de dólares (TRESCIENTOS SETENTA Y CINCO MIL MILLONES de pesos).

Es tan importante el dominio del extranjero sobre la vida canadiense, que la escritora Kari Levitt habla categóricamente de "la regresión del Canadá al estado de satélite económico, político y cultural de Estados Unidos". Walter Gordon incluso afirmó hace pocos años:

La disyuntiva es clara. Podemos hacer lo que sea necesario para recuperar el dominio sobre nuestra economía y así salvaguardar nuestra independencia, o aceptar el convertimos en una dependencia colonial de Estados Unidos, sin otra perspectiva futura que la esperanza de una eventual absorción (agregando a continuación que) es realmente una triste paradoja constatar que, en un mundo desgarrado por países que exigen y obtienen su independencia, nuestro propio país, que es libre, independiente y altamente desarrollado, se ve obsesionado por el espectro de un porvenir colonial o semicolonial.

Esta situación, que origina también otros fenómenos de carácter social y político, condujo al triunfo electoral del actual primer minis-

tro Pierre Trudeau, que ha tratado de diversificar los mercados para la producción canadiense, principalmente con la venta de cereales a la República Popular China, pero que también ha abierto las puertas al capital japonés, que está utilizando ya en parte el petróleo y otros minerales del oeste canadiense.

Hay, de cualquier manera, una creciente ola de protestas contra la situación actual y una de sus manifestaciones es el movimiento separatista existente en la provincia de Quebec. Los canadienses de habla francesa, que superan los seis millones de personas, son descendientes de los pobladores de la Nueva Francia, que en 1867 integró la Confederación al unirse con las provincias predominantemente inglesas. Su suerte económica ha sido paradójica, pues por un lado posee dentro de su territorio a la gran concentración urbana e industrial de Montreal, la mayor del Canadá, y el nivel de vida general es alto, pero al mismo tiempo la agricultura es relativamente pobre y no posee ni petróleo ni gas, por lo que depende del abastecimiento "externo". Existe un grave problema de desempleo (7.9% en 1970) y por lo tanto las tensiones sociales son muy acentuadas. Los franco-canadienses se sienten discriminados en muchos aspectos —tanto de política económica como cultural— y por el hecho de que su idioma hasta muy recientemente, no era oficial en el país, por lo que la rebeldía actual tiene múltiples raíces. Distintos grupos políticos de Quebec proponen diversas soluciones al problema regional y dentro del *Parti Québécois* hay muchos que piden la independencia de la provincia. Sin embargo, no parece fácil que un Quebec separado del resto del Canadá pudiera vivir en condiciones bonancibles y tal vez caería en una dependencia total respecto a los EUA. Por eso Levitt concluye su análisis de Quebec diciendo que sólo un nuevo régimen de tipo socialista, podría solucionar los problemas provinciales y de todo el Canadá.

Gigante en proceso de formación, el Canadá es un país de gran futuro y de importancia creciente. Puede ayudar a alimentar a los pueblos pobres del "Tercer Mundo" y puede convertirse en un poderoso factor de paz y de progreso. Los trabajadores canadienses así lo entienden y luchan, en primer lugar, por alcanzar la independencia de su propio país, estructurando un mejor orden social.